

Joaquín Oltra Pons  
Universidad Autónoma de Barcelona

Sabido es que la mujer —la mujer en general y alguna con nombre propio en concreto— fue la preocupación dominante en la vida y en la obra de don Juan Valera. De la mujer en la obra de Valera se han ocupado ya los expertos (1). De las mujeres en su vida hay ya bastantes referencias en la amplia bibliografía que se ocupa de nuestro autor, aunque es cierto —como ocurre con muchos otros de nuestros personajes célebres— que una biografía definitiva de Valera aún está por publicar (2). Se sabe, pues, bastante de la actitud tanto personal como literaria de don Juan Valera hacia la mujer. En cambio, se sabe muy poco —que yo sepa el tema aún no se ha estudiado más que muy de paso (3)— de la actitud de Valera hacia la mujer norteamericana en concreto, la mujer a la que nuestro autor conoció durante los poco más de dos años que vivió en los Estados Unidos como embajador español ante la Casa Blanca.

La actitud de Valera hacia la mujer norteamericana tiene interés no sólo por lo que nos dice sobre el propio Valera, sino también por lo que nos dice sobre los Estados Unidos que él conoció. Claro que los Estados Unidos que Valera nos muestra es un país en parte deformado por la visión particular de nuestro autor, quien sin duda alguna, y a pesar de su formación cosmopolita, sigue pensando en español y aún en español castizo, aunque creo que esta afirmación le hubiera molestado: el casticismo no era santo de su devoción (4). Pero como veremos en un futuro estudio, Estados Unidos no era su ideal de país, y aunque al principio se sintió un tanto entusiasmado por la nueva República, pronto perdió su interés inicial.

Y lo mismo le ocurrió con las mujeres de aquel joven país a las que conoció en su madurez y cuando ya estaba cansado de correr mundo. De hecho, en tema de mujeres se podría decir que don Juan Valera es un verdadero cosmopolita, o por lo menos, debería serlo. Antes de llegar a los Estados Unidos había desempeñado cargos diplomáticos en Italia, Portugal, Rusia y Brasil y había viajado por otros países. En su propia casa debió vivirse un ambiente un tanto internacional, ya que su propia mujer era, en parte, brasileña. Además, cuando aún era joven y soltero, había conocido —de paso, pero con cierta profundidad— a algunas mujeres de lo que hoy llamamos Alemania y entonces era un mosaico de estados diferentes aunque con una cultura común. Y ya entonces se había extrañado de lo que Azaña describe como «la libertad de costumbres o, más claro, la falta de escrúpulos en el comercio sexual» (5) de algunas de las mujeres que había conocido en Munster. Bien es verdad —y cito de nuevo a Azaña— que «las damas de alcurnia se retienen por orgullo de raza; pero las mujeres del pueblo que, por fortuna, carecen de ese orgullo, no creen que sea muy terrible pecado la fornicación» (6).

La misma falta de escrúpulos encontraría después en Berlín, y —siempre hombre inclinado al análisis filosófico— Valera intentará explicar el porqué de esta actitud a sus amigos: «El cristianismo, dicen los modernos filósofos alemanes que les diabolizó la naturaleza que ellos habían divinizado: pero el caso es que en la rica imaginación de esta gente y en sus apasionados corazones siempre tuvo la naturaleza mucho de sobrenatural y de divino, y las pasiones algo de injusticiable, de fatal y de santo en consonancia con ella» (7).

Estas reflexiones las escribía Valera desde Berlín en 1856, y me ha parecido oportuno reproducirlas aquí porque creo ver en ellas una voluntad de entender, de explicar sus experiencias en Alemania, que treinta años después, al hablar de la mujer norteamericana, no encontraremos. Porque treinta años después, desde Washington o desde otras ciudades norteamericanas, Valera sigue

escribiendo a sus amigos sobre las mujeres que conoce. Pero al contrario de lo que ocurría en Alemania, aquí Valera tiene casi sesenta años —los cumplió precisamente en los Estados Unidos—, y su actitud hacia la mujer y hacia la vida en general ha cambiado. Su visión de la mujer americana es más distante y sorprendentemente menos filosófica. Se limita —hay sólo una excepción y aún esta es dudosa— a observarla sin ni siquiera tratar de comprenderla. La describe pero no la explica. Y es que en el fondo —aunque quizá él no se da cuenta del todo— la mujer americana no le gusta. No le gusta por razones fáciles de comprender: porque la compara siempre con la mujer española, tal como un hombre de 60 años de su tiempo la entendía: sumisa, casera, un poco tonta. Y la mujer americana de aquella época, tal como Valera la ve, goza de demasiada libertad, no sabe cocinar ni hacer calceta y es —en palabra despectivamente utilizada por él mismo— *marisabidilla*. Por lo que se ve, don Juan Valera no sirve para héroe de nuestras feministas actuales.

Influye también en este no gustarle la mujer americana, la edad y las dificultades económicas, el *humor* en una palabra de nuestro autor. Parece que el llegar a los 60 años le preocupaba. Todos conocemos el demoleedor efecto psicológico que el cumplir años acabados en cero puede producir en una persona. Si a esto se añade que a esa edad Valera aún no gozaba de una cierta seguridad económica —el tema de su escasez de dinero es constante en sus cartas— se comprenderá que no se sintiera con un ánimo muy alegre. Además, durante su estancia en los Estados Unidos murió, sin que él pudiera estar a su lado, su hijo primogénito —Carlitos, como él siempre le llama—, llenándole de pesar. Y aunque en las cartas a su mujer se siente obligado a tratar de consolarla aparentando una serenidad, una resignación si no cristiana por lo menos estoica —aunque el tema se presta a múltiples interpretaciones— en las cartas a sus amigos se le ve tal cual debió sentirse en realidad.

Pero estos son temas marginales que aquí solo interesan de pasada, en tanto en cuanto pueden ayudarnos a comprender lo que nos preocupa. Veamos, pues, lo que Valera pensaba sobre la mujer norteamericana, utilizando para ello sus propias palabras (8).

Apenas llegado a Washington, y cuando aún le dura la euforia producida por la novedad de todo lo que ve —el país, al principio, le resultó encantador—, observa que aunque los hombres no suelen hablar idiomas —y por idiomas parece que se refiere sólo al francés, entonces lengua internacional por excelencia—, algunas mujeres sí lo hablan, lo que le lleva a escribir lo siguiente: «También, si no para mí, para los pollos diplomáticos, tiene otra ventaja esta ignorancia de lenguas extranjeras de los varones de aquí: las niñas, al menos cada una de diez, hablan un poquito de francés: de suerte que a mansalva y sin que papá, y a menudo ni mamá, lo entienda, puede el interlocutor decirles cuanto se le antoje» (9).

Pronto se dará cuenta de que las jóvenes americanas no necesitan de trucos lingüísticos ni de otro tipo para poder hablar con sus galanes, y que su malicioso comentario era una simple consecuencia de su ignorancia de las costumbres americanas, ya que las mujeres de aquel país gozaban de un grado de libertad (10) que sus congéneres europeas o sudamericanas conocidas por Valera no podían ni soñar en aquellos tiempos: «La libertad de las señoritas solteras me tiene maravillado. Se van solas de visita: viajan solas, reciben solas. En suma, hacen lo que quieren. El caballero que va a verlas pregunta por ellas y no por las mamás, de las cuales suelen no hacer caso» (11).

Como consecuencia de esta libertad se da mucho el flirteo o —como él dice a veces, en plural y con ortografía inglesa *flirtations*—: «El flirtear aquí es furibundo, y todo el jaleo de amores y de belenes españoles es poca cosa en comparación del de aquí, sobre todo entre solteros. Fuerza es confesar que entre los casados hay más fidelidad que por ahí, al menos en apariencia, y yo me inclino a creer que en realidad también» (12).

Y dada esta libertad, no comprende cómo su sobrino Juanito, que vivía con él, podía decir que no se divertía, especialmente acercándose ya el buen tiempo: «Dentro de poco se sacan las sillas a la puerta de la calle y en medio de la calle, esto es en los jardines, que rodean las casas, se arman las tertulias de verano. Fuera de cinco calles o seis, en que hay tiendas, en las demás no hay más que árboles y jardines, de modo que es como campo. Claro está que, como yo tengo cerca de sesenta años, no me divierto gran cosa: pero la gente joven puede divertirse aquí como en ninguna otra parte, sobre todo hablando inglés» (13).

Tampoco en invierno parece que tuviera Juanito razones para aburrirse: «El otro día se fue Juanito en trineo con dos misses. Volcó su trineo y la linda carga allá en un parque lejos de la ciudad,

y fue menester enviar por él y por las misses, que se habían quedado a pata sobre la nieve allá en el bosque. Todo esto cuesta luego bastante dinero» (14).

O en cualquier otra época del año: «Juanito es aquí muy popular entre las señoritas, las cuales no están, como ahí, siempre con las mamás, sino que pasean solas, visitan y van al teatro solas, etc. Anoche, por ejemplo, Juanito y el secretario de la Legación de Italia, se fueron, sin mamás ni tías, con dos señoritas muy lindas y bien educadas de aquí, juntos al teatro» (15).

Juanito—Juan Mesía de la Cerda, hijo de su hermana Ramona—convivió con Valera durante el tiempo en que éste desempeñó su embajada, y fue una fuente continua de problemas para nuestro autor, que se quejaba siempre de lo mucho que hacía por él y lo poco que éste se lo agradecía. Siempre consciente del dinero, Valera se quejaba de la manirroto que era su sobrino. Pero para nosotros Juanito tiene un cierto interés, aunque sólo sea porque permitió a Valera ver una realidad norteamericana que quizá de otra forma no hubiera podido observar: la de la gente joven. Bien es verdad que los datos que sobre esa realidad nos aporta son casi siempre los mismos y que de hecho son más valiosos para conocer a Valera que para conocer a la mujer norteamericana; en efecto, la gran preocupación de Valera, cuando Juanito flirtea con alguna *miss* es si ésta es pobre o rica. Lo que no deja de ser muy significativo.

Quizá la carta más expresiva, y en la que más ampliamente se refiere al tema de la mujer norteamericana, es la que dirige a su amigo el barón de Greindl cuando llevaba más de un año en los Estados Unidos y, por tanto, había ya tenido ocasión de contrastar sus opiniones iniciales, de carácter un tanto superficial. Con el barón le unía una amistad que él mismo, en otro lugar, califica de íntima (16), por lo que dicha carta puede tener un valor especial. Por otra parte, hay que tener presente que la tal carta la escribió un día en que se mostraba deprimido debido a un fracaso diplomático, por lo que todo lo que en ella dice hay que tomarlo con prudencia, contrastándolo con las observaciones que sobre el mismo tema se encuentran en otras cartas.

Después de quejarse, en general, de los Estados Unidos, habla de la mujer: «Las mujeres, si bien se mira, son un poquito más poéticas, pero rayan en la extravagancia y en la locura. Como hay, en la clase acomodada, muchas más mujeres que hombres, las solteras abundan, y, fuerza es confesar, que se conforman con la soltería y no rabian como en ese viejo mundo. Verdad es que aquí se emancipan, andan sueltas y como vacas sin cencerro, y hacen todo aquello que se les ocurre, cohonestando lo que hacen bajo la elástica y vaga denominación de *flirtations*. Yo creo, y dicho sea *inter nos*, y con el conveniente sigilo, que las tales *flirtations* se dilatan y amplían hasta donde buenamente se puede llegar sin grave peligro de preñez. Ello es que estas misses, que van de viaje solas, o con algún amigo, desde San Francisco a Nueva York y desde Nueva Orleans a Mount Desert; y que van de fonda en fonda; y que salen de paseo con el correspondiente *flirteador*, de día o de noche; en coches, a pie o a caballo; o embarcadas; por vericuetos, andurriales, mares y ríos, siempre *flirteando*, y siempre, al parecer, con la virginidad auestas, dan algo que recelar que la tal joya se quede o se haya quedado olvidada en algún parador, o entre unas matas, o en algún barquichuelo, o detrás de algún escollo a orillas del resonante mar, que se lo calla, aunque resuene» (17).

Y continúa con un párrafo que en parte nos explica el porqué de su negativa actitud: «Todo esto, si yo tuviese veinte años menos de los sesenta que ya he cumplido, acaso me divertiría; pero, a mi edad, me divierte poco o nada. Hasta me quita la gana del galanteo platónico más puro; no haga el demonio que uno resbale y se deslice poniéndose en empeños de que sería menester sacar fuerzas de flaqueza para salir airoso» (18).

Una referencia al ya entonces notable progreso tecnológico de los Estados Unidos parece explicar—al menos al propio Valera—el que las mujeres, sobre todo las casadas, dispongan de tanto tiempo para *flirtear*: «Contribuye a las *flirtations* y a las rarezas de las mujeres de este país el que todo se hace mecánica o químicamente: por medio de artificios o invenciones sútiles. Así es que se desconoce aquí lo que llamamos por ahí una mujer casera y hacendosa. Ninguna cose aquí, ni borda, ni plancha, ni hace randa, ni sabe hacer guisos, mejores o peores que los que hacen las mujeres andaluzas y que yo tanto encomio. Así es que como una miss de aquí, y aún una casada, nada tienen que hacer y no sabe qué hacer de su tiempo, ni siquiera empleándole en ir a paseos, toros y teatros, que no hay, todo el tiempo, hasta para no aburrirse, tienen que emplearle en furiosas e incesantes *flirtations*» (19).

Un mes después, y ya con mejor humor —de hecho con su humor socarrón característico—, escribe a su hija en un inglés un tanto especial, quizá para forzarle a que se ejercite en el idioma. En esta carta después de quejarse de la poca aplicación de su hija a los estudios hace una referencia a las mujeres americanas: «The young ladies, in this country, are somewhat odd and funny: but they have learned a great deal of letters and sciences. I wish for thee to be so accomplished as they are, though without their fun and oddity. In one thing, thou and they, you are alike. They never take a needle in their hands» (20). Las mujeres americanas, pues, ni cogen una aguja en sus manos ni saben guisar. Aunque, como le dice a su hija, algo positivo tienen: leen mucho. Y no sólo las mujeres, sino los americanos en general, que tampoco tienen prejuicios antiespañoles, como ya había observado en su carta a Melita: «Aquí se lee mucho y los libros españoles no son desdenados como en Inglaterra». Y continúa con una queja que no ha perdido actualidad: «creo que se venderían muchos si acertásemos a enviarlos y a anunciarlos bien» (21).

Valera no se sintió impresionado por la aparente cultura de las mujeres americanas. Ni las que se la dan de cultas ni las que son deportistas le impresionan: «Muchas señoritas y señoras son marisabidillas, y dicen que saben hasta el latín y el griego, y le largan a uno un latinajo. Otras señoritas son Amazonas y viajan solas, y llevan látigo, y tienen perros y caballos. Todas se van de paseo, y al teatro y hasta de viaje con los caballeros. A Juanito le hallan muy divertido y es muy acompañante de señoritas. Su predilecta es muy guapa, y yo la llamo sobrina, y ella me llama tío. Por desgracia, esta sobrina no es rica» (22). Y de cualquier manera las ve siempre con el prejuicio típico de los europeos al enjuiciar a las norteamericanas, prejuicio que aún dura en nuestros días: «Porque eso sí; esto será muy bueno, pero todas las señoritas están soñando con que las pretenda alguien que se las lleve a Europa» (23).

Claro que cuando Valera habla de las mujeres se refiere casi siempre a las que pueden estar en contacto con el cuerpo diplomático, esto es, a mujeres de un elevado nivel social. Pero las pocas referencias a mujeres de otras clases tampoco son muy halagüeñas. Baste citar su única referencia a las mujeres negras, que aunque en un párrafo refiriéndose al crecimiento de la población de color, no deja de ser significativo de los prejuicios de un extranjero blanco de clase elevada: «Sus mujeres —las de los negros— no tienen miedo a parir ni para casarse o lo equivalente» (24).

Tampoco cuando se refiere a mujeres concretas encuentra muchas que le gusten. Sirva de ejemplo el retrato, al parecer no del todo inexacto, que nos da de la hermana del presidente Cleveland. Como es sabido, y dado que éste era soltero, su hermana hacía el papel de primera dama americana y por lo visto no debió caerle bien a Valera, quien después de hablar del presidente añade: «Tiene una hermana, doncella, que parece una mona; nada más feo ni peor pergeñado. Esta señorita que hace ahora aquí el papel de princesa de Asturias presume de sabia y licurga, pues ha sido maestra de miga» (25).

Claro que en todo hay excepciones, y en este mundo de valeriano de hostilidad hacia la mujer de los Estados Unidos tampoco podía faltar la excepción, y la excepción se llamó Catalina Bayard.

Katherine Lee Bayard era hija de Thomas Bayard, a la sazón secretario de Estado Norteamericano y quien, según Valera, descendía «del famoso caballero Bayard *sans peur et sans reproche*», lo que ya debió ser un punto a su favor. Como la mujer de Bayard vivía algo retirada y nadie la conocía, Valera nos cuenta que «Quien recibe y hace todo el papelón es la hija mayor, la señorita Catalina, que también es muy docta, sabe filosofía y la lengua de los gitanos, y dice y piensa las cosas más singulares. Cuando se electriza se cree tan cargada de electricidad que asegura haber encendido, a veces, un poco de gas con la chispa que sale de su dedo meñique» (26).

Cualquiera pensaría que para un hombre como Valera es difícil decir cosas muy agradables de una mujer tal, y más siendo norteamericana. Sin embargo, en el párrafo siguiente nos aclara: «Esta señorita, aunque tan eléctrica y tan excéntrica, no anda, ni con mucho tan suelta como las señoritas de aquí suelen andar y gusta más que de flirteos de tratar de asuntos graves» (27).

Es fácil adivinar que esta mujer que «gusta más que de flirteos de tratar asuntos graves», se acercaba un poco más al ideal de mujer de Valera que todas las otras de las que habla en su correspondencia.

Katherine fue, pues, algo diferente y es difícil precisar la naturaleza de esa diferencia. Es fácil caer en la tentación de sospechar que Valera estaba enamorado de ella, pero no hay dato alguno que

nos permita afirmarlo con seguridad (28). Lo único que está claro es que ella se enamoró locamente de él. Y que tal enamoramiento le fue fatal. Tres días después de que Valera recibiera noticia de que se le iba a trasladar a la embajada de Bélgica, Catalina se suicidó (29).

Que yo sepa, Valera no refiere el asunto en ninguna de sus cartas, aunque parece ser que, como no podía ser menos, la muerte de Catalina le afectó mucho. Y teniendo presente que ella fue una de las pocas norteamericanas con la que se sintió un tanto identificado, es de suponer, aunque el tema no lo he estudiado, que en sus futuras referencias a la mujer norteamericana, Valera encontraría muy poco positivo que contar.

## NOTAS

(1) Cfr., por ejemplo, la curiosa imitación del estilo de Valera hecha por Luis González López en *Las mujeres de don Juan Valera*, Madrid, 1934.

(2) Digo *por publicar* y no *por escribir* porque, como es sabido, Manuel Azaña había ya escrito una biografía de don Juan Valera, que a juzgar por lo que en forma de artículo se publicó de la misma, debió ser excelente. Desgraciadamente, la obra se ha perdido. Cfr. el prólogo que Juan Marichal escribió para los *Ensayos sobre Valera* de Manuel Azaña, Madrid, 1973.

Hay, sin embargo, varios ensayos biográficos publicados, a algunos de los cuales nos referiremos a lo largo de este trabajo.

(3) Las únicas referencias a su actitud hacia la mujer americana aparecen en Cyrus C. De Coster, *Valera en Washington*, en *Arbor*, Enero 1954, pág. 214 y ss.

(4) No opinan así todos los estudiosos de Valera. Cfr. por ejemplo el Discurso que con ocasión del centenario de Valera fue leído en la Real Academia Española por el Conde de las Navas el 21 de diciembre de 1924, en *Boletín de la Real Academia Española*, Febrero 1924, pág. 485 y ss. En el mismo acto pronunció también un discurso don Antonio Maura.

(5) Manuel Azaña, *Valera en Rusia*, en *Ensayos sobre Valera*, pág. 163.

(6) *Ibidem*.

(7) Carta desde Berlín, fechada el 26 de Noviembre de 1856, en *Ibidem*.

(8) Utilizo la correspondencia de Valera publicada por Cyrus C. De Coster, *Correspondencia de D. Juan Valera (1859-1905)*, Valencia, 1956.

(9) Washington, 27 de Enero de 1884, a Melita (su sobrina, la periodista y escritora Salomé Núñez Topete). Este desconocimiento de idiomas de los norteamericanos tuvo en Valera un efecto secundario positivo que él mismo nos cuenta en la misma carta: «... pocas personas hablan francés o español, y tiene uno que lanzarse a hablar un inglés disparatado. Verdad es que con este ejercicio forzoso habrá que aprender a hablar inglés, al cabo, corrientemente, por torpe y perezoso que uno sea».

La misma idea se repite pocos días después, en carta de 8 de Febrero de 1884, dirigida a su buen amigo el Barón de Griedl.

(10) Los norteamericanos de la segunda mitad del siglo pasado son conscientes y están orgullosos de la libertad de que goza la mujer norteamericana en comparación con las de otros países, como hizo notar John McCormick en *American Literary Nationalism* (Conferencia pronunciada en la Universidad de East Anglia, 12 de Abril de 1978, durante la EAAS Conference).

En otro orden de cosas, y abundando en el tema que tanto preocupa a Valera, conviene recordar aquí que el primer intento por liberar a la mujer de su atuendo femenino, acercándolo al del hombre, fue el *bloomerism*, y que los movimientos feministas actuales pueden y deben trazar sus orígenes a la famosa Seneca Falls Convention de 1848. Cfr. sobre este tema, entre otros, el capítulo dedicado a la mujer por J. R. Pole, en *The pursuit of Equality in American History*, Berkeley, 1978.

(11) Washington, 15 de mayo de 1884, a Dolores (su mujer).

(12) *Ibidem*.

(13) *Ibidem*.

(14) Washington, 23 de Febrero de 1885, a su hijo Carlitos.

(15) Washington, 12 de marzo de 1884, a Carlitos.

(16) En la carta a Carlitos mencionada en la nota anterior dice: «Aquí no tengo aún amigos íntimos, como en Lisboa tenía al Barón de Greindl». El tono general de las cartas a él dirigidas y el hecho de que fuera una de las primeras personas a quien escribió desde Washington, avalan la afirmación anterior.

(17) Washington, 27 de Abril de 1885.

(18) *Ibidem*.

(19) *Ibidem*.

(20) Fechada en Washington el 28 de Mayo de 1885, este es, probablemente, el único testimonio escrito en inglés de Valera.

(21) Washington, 27 de Enero de 1884, a Melita.

(22) Washington, 3 de Abril de 1884, a Carlitos.

(23) *Ibidem*.

(24) New London, 11 de Agosto de 1885, a Dolores.

(25) Washinton, 17 de Marzo de 1885, a Dolores.

(26) *Ibidem.*

(27) *Ibidem.*

(28) Cyrus C. De Coster, por ejemplo, en las dos obras citadas, se limita a decir que la naturaleza de los sentimientos de Valera hacia Katherine Bayard es tema de pura conjetura. En cambio Carmen Bravo Villasante en su *Biografía de D. Juan Valera*, Barcelona, 1959, pág. 254, afirma taxativamente que Valera correspondía al amor de Catalina Bayard «con el más puro afecto platónico».

(29) Bravo Villasante, *op. cit.*, pág. 264, añade una nota melodramática al afirmar que Katherine «se suicida en la antesala de la Embajada».

 **INDICE**